

Ponencia

La historia entre representación y construcción

Roger Chartier

École des Hautes Études en Sciences Sociales, París

Hoy en día los historiadores están convencidos de que ellos también escriben narraciones. Las reflexiones pioneras de Michel de Certeau y el gran libro de Paul Ricoeur los han obligado, de buena o mala gana, a reconocer la pertenencia de la historia al género del relato, entendido en el sentido aristotélico de “poner en intriga acciones representadas”. La afirmación no fue fácil de aceptar para aquellos –por ejemplo los historiadores de los *Annales*– que al negar la historia de los eventos (l’*“histoire événementielle”*) a favor de una historia estructural y cuantificada, pensaban que habían terminado con las falsas apariencias de la narración y con la muy grande y dudosa proximidad entre la historia y la fábula. Entre una y otra la ruptura parecía sin remedio: en el lugar que ocupaban los personajes y los héroes de los antiguos relatos, la “nueva historia” colocaba entidades anónimas y abstractas; el tiempo espontáneo de la conciencia era sustituido por una temporalidad “braudeliana”, construida, jerarquizada, articulada; al carácter autoexplicativo de la narración se oponía la capacidad explicativa de un conocimiento objetivo.

Pero como escribe Ricoeur, “la historiografía, al alejarse de la historia de los acontecimientos, principalmente de la historia política, se ha alejado menos de la historia

narrativa de lo que pretenden los historiadores”. En *Temps et récit* (Tiempo y narración), muestra cuán ilusoria era la cesura proclamada. En efecto, toda historia, incluso la menos narrativa, aun la más estructural, está construida siempre a partir de las fórmulas que gobiernan la producción de las narraciones cualesquiera que sean. Para él, existe una unidad funcional entre los múltiples modos y géneros narrativos que se remite al carácter común de toda experiencia humana que es su carácter temporal, señalado, articulado y aclarado por el acto de narrar en todas sus formas. De esta vinculación entre narratividad y temporalidad se deducen los rasgos comunes que caracterizan tanto a los relatos que tienen una pretensión de verdad como a los de ficción. Las entidades que manejan los historiadores (“sociedad”, “clases”, “mentalidades”, etc.) son “cuasi personajes”, dotados implícitamente de propiedades que son las de los héroes singulares o de los individuos ordinarios que conforman las colectividades que designan estas categorías abstractas. Por otra parte, las temporalidades históricas sostienen una gran dependencia en relación al tiempo subjetivo: la larga duración no es más que una modalidad derivada de la puesta en intriga de los acontecimientos. Finalmente, los procedimientos explicativos de

la historia continúan sólidamente anclados a la lógica de la imputación causal singular, es decir, al modelo de comprensión que, en lo cotidiano o en la ficción, permite dar cuenta de las decisiones y de las acciones de los individuos o de los personajes.

Un análisis así, que inscribe a la historia en la categoría de las narraciones y que identifica los parentescos fundamentales que unen a todos los relatos, ya sea de historia o de ficción, tiene muchas consecuencias. La primera permite considerar como una pregunta mal planteada el debate surgido por el supuesto “resurgimiento de la narrativa” que habría caracterizado a la historia en estos últimos años. ¿Cómo podría, en efecto, haber “resurgimiento” o retorno allí donde no hubo y no podía haber ni partida ni abandono? Existe un desplazamiento pero éste es de otro orden. Tiene que ver con la preferencia otorgada a ciertas formas de narraciones en detrimento de otras, más tradicionales. Por ejemplo, las microhistorias no emplean las mismas construcciones que las grandes narraciones de la historia global o que los “relatos” estadísticos de la historia cuantitativa.

De lo anterior surge una segunda proposición: la necesidad de identificar las propiedades específicas de la narración histórica en relación con las otras. Éstas tienden, primero, a la organización “foliada” (como escribió de Certeau) de un discurso que comprende en sí mismo, bajo la forma de citas, los materiales de los que intenta producir una comprensión. Ellas tienden, igualmente, a los procedimientos de acreditación específicos gracias a los cuales la historia entiende mostrar y garantizar su estatuto de conocimiento verdadero: las notas, los gráficos, las series estadísticas, etcétera.

Descubrir las formas discursivas a través de las cuales se da el relato histórico puede conducir a diversas empresas. Las primeras

intentaron establecer taxonomías y tipologías universales e identificar sea las figuras retóricas que gobiernan todos los modos posibles de la narración y de la explicación históricas, sea las constantes que constituyen las estructuras temporales de la experiencia histórica y que rigen sus modos de representación. Otras aproximaciones, al revés, hacen hincapié en las diferencias que caracterizan cómo historiadores que pertenecen a una misma “escuela” o tradición historiográfica movilizan de manera muy diversa las figuras de la enunciación, la proyección o desaparición del “yo” en el discurso del saber, el sistema de los tiempos verbales, la personificación o no de las entidades abstractas, las modalidades de la prueba, etcétera.

Estas reflexiones plantean una cuestión esencial: ¿por qué la historia desconoció durante un muy largo tiempo su pertenencia al género de las narraciones? Ésta estaba necesariamente oculta en todos los regímenes de historicidad que postulaban una identidad sin distancia entre los acontecimientos históricos y el discurso que se encargaba de restituirlos. Es el caso de la Antigüedad, cuando la historia era considerada como un repertorio de ejemplos y modelos. Es el caso de la tradición historicista alemana del siglo XIX, que inscribía a la manera hegeliana el despliegue de los eventos históricos en la escritura historiográfica misma, el despliegue de la *Geschichte* en la *Historie*. Es el caso de la historia “científica” que utilizaba la lengua de los cálculos para asegurar que, como escribió de Certeau, “el pasado (lo que las ciencias modernas han rechazado y constituido como pasado —una cosa terminada, separada—) se produce y se cuenta en ella”.

En estas perspectivas, la narración no tenía y no podía tener ningún estatuto propio, porque era anulada en las figuras de la retórica, o era el lugar mismo en el que los

acontecimientos se desarrollaban, o era percibida como un obstáculo a la cientificidad del conocimiento. Es solamente cuando la epistemología de la coincidencia se volvió dudosa y cuando los historiadores tomaron conciencia de la distancia que siempre existe entre el pasado y su representación (o, para decir como Ricoeur, “entre lo que fue un día y que no es ya” y los discursos contruidos para “tomar el lugar de” o “representar” este pasado) que pudo empezar una reflexión sobre las características comunes a todas las narraciones y las singularidades propias de las narraciones que se dan como históricas.

Pero, al mismo tiempo, la conciencia de la dimensión narrativa de la historia cualquiera que sea su objeto o su técnica ha lanzado un desafío considerable a los historiadores porque condujo a algunos a pensar que la historia tal y como la escriben no se puede diferenciar de ninguna manera de la ficción.

Ésta es la posición defendida por Hayden White en *Metahistory*. Publicó el libro en 1973. En Francia la obra pasó casi inadvertida y no ocupó el sitio que debía haberle correspondido en la discusión sobre la historia que había empezado dos años antes con el provocador libro de Paul Veyne *Comment on écrit l'histoire* y que volvería en hito con la publicación en 1974 del ensayo de Michel de Certeau, “L'opération historique”, en el primer volumen de *Faire de l'histoire*.

Un encuentro frustrado, pues. Y un desconocimiento muy perjudicial si uno recuerda las proposiciones planteadas por Paul Veyne. Rechazaba la certidumbre en que se basaba entonces el carácter científico de la historia cuantitativa, considerada en ese momento como una “revolución de la conciencia historiográfica”, según la expresión de François Furet. Según Veyne, la historia no puede desprenderse de las

formas literarias tradicionales; las explicaciones que produce sólo son “la manera de que dispone el relato para organizarse en una intriga inteligible”, y, por último, la historia sirve sólo para propósitos de simple curiosidad.

La réplica más viva se debió a Michel de Certeau, primero en una reseña en los *Annales*, y luego en su ensayo publicado en *Faire de l'histoire* cuyo texto fue retomado el año siguiente (1975), en su versión completa, dentro del conjunto de textos de Michel de Certeau intitulado *L'écriture de l'histoire*. Al igual que Veyne, de Certeau subraya que toda escritura histórica, cualquiera que sea su forma, es un relato —un relato que construye su discurso según los procesos de “narrativización” que reorganizan y reordenan los pasos y las operaciones de la investigación—. Pero, contra la perspectiva de Veyne, propone un doble desplazamiento. Lo que determina las “elecciones” de los historiadores (en la definición de objetos, la preferencia dispensada a una forma de trabajo, la elección de un modo de escritura, etc.) es su posición dentro de la “institución del saber”, mucho más que el placer de su subjetividad. Lo que da coherencia a su discurso no es, o al menos no es solamente, el respeto de las formas propias de los géneros literarios de que se vale, sino las prácticas específicas determinadas por las técnicas de la disciplina.

¿Para qué recordar esta discusión? Tal vez para mostrar lo que le habría podido aportar el conocimiento de la obra de Hayden White quien, de una manera distinta, desplazaba y complicaba sus términos. En efecto, su propósito no se limitaba a la descripción de las propiedades discursivas de la historia, aun si la define como “una estructura verbal en la forma de un discurso narrativo en prosa”. La pretensión es de un alcance mucho mayor puesto que se trata de comprender “la estructura profunda de la

imaginación histórica” [“the deep structure of the historical imagination”]. Es esta estructura la que rige las posibles combinaciones entre las distintas maneras de urdir la intriga o la trama (novelesca, trágica, cómica, satírica), los diferentes paradigmas de la explicación histórica (formalista, mecanicista, organicista, contextualista) y las diferentes posiciones ideológicas (anarquista, radical, conservadora, liberal). Los diversos tipos de asociación entre estos doce elementos (es decir, en teoría, sesenta y cuatro posibilidades lógicas, aunque menos en la realidad pues ciertas relaciones son imposibles) definen estilos historiográficos coherentes, al reunir una estructuración narrativa, una operación cognoscitiva y una implicación ideológica. El objeto fundamental de esta “poética de la historia” apunta a identificar las “estructuras profundas” que son las matrices de estas asociaciones.

Para Hayden White, éstas deben localizarse en las prefiguraciones lingüísticas y poéticas del campo histórico mismo, es decir, en la manera en la que el historiador “al mismo tiempo crea su objeto de análisis y predetermina la modalidad de las estrategias conceptuales que utilizará para explicarlo”. Las cuatro modalidades de esta prefiguración quedan adecuadamente nombradas y descritas con los cuatro tropos clásicos del lenguaje poético: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y, con un estatuto particular, “metatropológico”, la ironía. De ahí la afirmación: “En pocas palabras, opino que el modo tropológico dominante y su código lingüístico concomitante comprenden la irreductible base ‘metahistórica’ de toda obra histórica”.

¿Cómo entender estas “formas estructurales profundas de la imaginación histórica”? El empleo mismo del término “*deep structure*” (“estructura profunda”) lleva naturalmente a pensar en las prefiguraciones del discurso histórico de acuerdo con un es-

tricto modelo lingüístico y estructuralista, y por lo tanto a considerar que tales prefiguraciones determinan automáticamente e impersonalmente las preferencias historiográficas. Hayden White propiciaba semejante interpretación de su pensamiento al manejar las oposiciones, tan apreciadas por la lingüística estructural, entre la superficie y la profundidad, entre lo manifiesto y lo implícito, entre el lenguaje y el pensamiento. Con estas categorías define su proyecto:

Primero he tratado de identificar las dimensiones manifiestas —epistemológicas, estéticas y morales— de la obra histórica y luego he tratado de penetrar al nivel más profundo en el que estas operaciones teóricas hallan sus validaciones implícitas y precríticas.

Y con éstas señala la fuerza apremiante del lenguaje, al afirmar así “el punto esencial” de su demostración:

[...] en cualquier campo de estudio que no se haya reducido (o elevado) al estatus de una ciencia genuina, el pensamiento permanece cautivo del modo lingüístico con el que trata de asir el perfil de los objetos que habitan su campo de percepción.

Precríticas y precognitivas, las matrices tropológicas de los discursos históricos pueden interpretarse entonces como estructuras obligadas, ignoradas, al imponer las “opciones” de los historiadores fuera de su voluntad y conciencia. Esta forma de ver explica por qué la obra de Hayden White fue considerada por sus adversarios como por sus partidarios como la más importante entre las que han sometido a la historia al “linguistic turn” o “giro lingüístico”.

Pero volvamos al prefacio de *Metahistory*. El vocabulario empleado no sólo es el del estructuralismo, sea lingüístico o de otro tipo (“*deep structure*”, “*understructu-*

re”, “*deeper level*”). Maneja también un repertorio que viene de una tradición muy distinta: “conciencia histórica” se utiliza cuatro veces, “elección” y “elegir” tres veces. Los historiadores parecen así decidir libre y conscientemente (o conforme a una fórmula no tan afirmativa “de una manera más o menos consciente de sí”), su preferencia por uno u otro tipo de los estilos historiográficos. Las prefiguraciones tropológicas están constituidas por un conjunto de formas posibles de entre las cuales el historiador puede escoger en función de sus inclinaciones morales o ideológicas. Hayden White ilustra con su propia decisión esta realidad de la libre opción:

No se pasará por alto que este libro está organizado según un modelo irónico. Pero la ironía que lo conforma es plenamente consciente, y representa por lo tanto un giro de la conciencia irónica contra la ironía misma.

La contradicción latente entre estas dos perspectivas no ha escapado a los comentaristas, en particular a los que se encuentran entre los más fervientes defensores de la aplicación del modelo lingüístico en la historia. Hans Kellner la caracterizó así:

Si el lenguaje es irreductible, un principio “sagrado”, entonces se sacrifica la libertad humana. Si los hombres son libres para escoger sus códigos lingüísticos, debe postularse entonces una fuerza anterior y más profunda. White sostiene como una paradoja existencial que los hombres *son* libres, y que el lenguaje *es* irreductible.

Este mismo dilema lo formula David Harlan quien –tras haber reconocido la sensibilidad de White respecto de la manera en que el lenguaje, en su conjunto, constituye y disuelve el sujeto– recuerda “por otro lado, su profundo compromiso con el humanismo li-

beral, con el sujeto humano y la libertad epistemológica”, lo que le lleva a aproximarse de manera un tanto sorprendente a Hayden White y a John Pocock.

En un artículo publicado en 1990, destinado a responder a las objeciones enderezadas contra su teoría tropológica del discurso histórico, Hayden White examina esta posible tensión. Lo esencial, para él, radica en señalar la distancia con respecto a cualquier determinismo lingüístico. Contra sus críticos –pero también, tal vez, contra algunos de sus adeptos demasados celosos–, reafirma que la elección entre una u otra de las estrategias argumentativas y discursivas es una elección hecha en ejercicio pleno de la libertad y la conciencia:

Aunque [la tropología] supone que la figuración no puede evitarse en el discurso, la teoría, lejos de implicar el determinismo lingüístico, busca proporcionar el conocimiento necesario para una elección libre entre las diferentes estrategias de figuración.

Así trasladada de las elaboraciones filosóficas a las preferencias narrativas, la libertad del sujeto que piensa y escribe queda totalmente a salvo.

Permanece, sin embargo, el problema de la compatibilidad entre esta posición y la adopción de una teoría del lenguaje que descansa sobre dos postulados: por una parte, que existe un código previo a todo enunciado; por otra parte, que todo lenguaje opera siempre a espaldas de quienes lo emplean, fuera de su control y voluntad, y produce significados imprevistos e inestables. De ahí, la pregunta que se puede hacer a Hayden White: ¿es posible articular, sin incurrir en una contradicción flagrante, la lingüística estructural y la libertad del historiador en tanto que sujeto creador?

Una segunda pregunta concierne a la dimensión de la historia como saber científi-

co. Según Hayden White, la elección que hace el historiador de una matriz tropológica, de una modalidad en la urdimbre de una intriga, de una estrategia explicativa es idéntica a la del novelista. Esta posición se reafirma con constancia. 1974:

En general ha habido una renuncia a considerar las narraciones históricas como lo que más claramente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes en la literatura que con las de las ciencias.

1982:

Debe encararse el hecho de que frente al dato histórico ("*the historical record*"), no existen fundamentos en este dato mismo para preferir una forma de construir su significado en vez de otra.

Resulta entonces algo por completo ilusorio querer clasificar o jerarquizar las obras históricas en función de su mayor o menor pertinencia para dar cuenta de la realidad pasada que han constituido como objeto. Los criterios de diferenciación son puramente formales e internos al discurso, sea que dependan de la coherencia del relato o que demuestren una conciencia aguda de las diversas posibilidades ofrecidas por el uso sucesivo de los diferentes modelos tropológicos y las narraciones rivales.

Hayden White está perfectamente consciente de la acusación de relativismo que puede suscitar su posición. Lo indica así:

Se pretexta que los "formalistas" como yo, que sostienen que cualquier objeto histórico puede conformar la validez de varias descripciones o narraciones igualmente plausibles de sus procesos, efectivamente niegan la realidad del referente, promueven un relativismo debilitador que permite

cualquier manipulación de la evidencia siempre que el relato sea estructuralmente coherente, y por lo tanto admiten el tipo de perspectivas que avalaría una versión nazi de la historia del nazismo para pretender una cierta credibilidad mínima.

Frente a los que denuncian tal posición como destructiva de cualquier saber, Hayden White responde que considerar a la historia como una ficción, que comparte con la literatura las mismas estrategias y procedimientos, no es despojarla de su valor de conocimiento, sino simplemente considerar que carece de un régimen de verdad propio. En efecto, el mito y la literatura son también formas de conocimiento:

¿Acaso alguien podría creer seriamente que el mito y la ficción literaria no se refieren al mundo real, no dicen verdades sobre él y no nos proporcionan un conocimiento útil de ese mundo real?

Al referirse a los novelistas sudamericanos, añade:

¿Diría que sus obras no nos enseñan la historia real porque se trata de ficciones literarias? ¿O que al ser ficciones literarias acerca de la historia, están desprovistas de tropos y de discursividad? ¿Sus novelas son menos verdaderas por ser ficciones literarias? ¿Podría ser una historia tan verdadera como estas novelas sin valerse de la clase de tropos poéticos que se encuentran en la obra de Mario Vargas Llosa, Alejo Carpentier, José Donoso y Julio Cortázar?

Engendrado por la misma matriz, el relato histórico y la ficción narrativa despliegan el mismo tipo de conocimiento y verdad.

Una segunda respuesta fue elaborada por Hayden White después del surgimiento de los historiadores "revisiónistas" y "negativistas" que quieren proponer una trama de

la historia del nazismo y de la Segunda Guerra Mundial a partir de ciertos “argumentos”, resumidos de este modo por Pierre Vidal-Naquet: 1. Las cámaras de gas jamás han existido y no ha habido ningún genocidio perpetrado por los alemanes; 2. La “solución final” consistía en la expulsión de los judíos hacia el Este de Europa; 3. La cifra de víctimas judías del nazismo es bastante menor a la que se ha divulgado; 4. El genocidio es un invención de la propaganda aliada, principalmente judía, y particularmente sionista; 5. A la Alemania hitleriana no corresponde la mayor responsabilidad de la Segunda Guerra Mundial; 6. En los años treinta y cuarenta la principal amenaza contra la humanidad estaba constituida por el régimen soviético. Al poder separarse y asociarse en formas y proporciones variables, estos elementos aportan los fundamentos para una reescritura radical de la historia contemporánea. ¿Puede uno considerarla plausible, aceptable? Y si éste no fuera el caso ¿por qué?

Para poder rechazarla sin abandonar los principios que rigen toda su obra, Hayden White llega a proponer una distinción que me parece un tanto problemática. Al evocar los “*competing narratives*” (“los relatos rivales”) sugeridos a propósito del régimen nazi y de la exterminación de los judíos y gitanos, subraya:

Obviamente, considerados como relatos de acontecimientos que fueron establecidos como hechos, los “relatos rivales” pueden juzgarse, criticarse y clasificarse con base en su fidelidad al registro de los hechos [*“the factual record”*], en su carácter exhaustivo y en su coherencia de los argumentos que pueden contener. Pero las relaciones narrativas no sólo consisten en afirmaciones de hechos (proposiciones existenciales singulares) y argumentos: también consisten en elementos poéticos y retóricos mediante los cuales aquello que de otra forma se volvería una lis-

ta de hechos se transformará en un relato. Entre estos elementos se encuentran aquellos modelos genéricos del relato [*“generic story pattern”*] que advertimos como proporcionando las “tramas” [...] El conflicto entre “relatos rivales” tiene menos que ver con los hechos de la materia en cuestión que con los diferentes significados que el relato puede atribuir a los hechos mediante la trama.

Una distinción de este tipo plantea, me parece, dos cuestiones. Por una parte, reintroduce una concepción muy tradicional del hecho histórico, separado y comprobable. Éste sería, por ejemplo, el caso de la existencia de las cámaras de gas. Aquí el problema radica en la compatibilidad entre tal proposición y la perspectiva global de Hayden White. ¿Cómo articular esta evidencia del hecho con la frase de Barthes, transcrita como epígrafe en *The Content of the Form*: “El hecho tiene solamente una existencia lingüística”? Y ¿sobre qué bases, a partir de qué operaciones, con qué técnicas el historiador puede establecer la realidad del “hecho” o verificar que un discurso histórico es fiel o no al “*factual record*” (“el registro de los hechos”)? Deberá reconocerse que al ignorar sistemáticamente los procedimientos propios de la historia, entendida como una disciplina del saber, Hayden White queda muy desprovisto para contestar tales preguntas.

Por otra parte, ¿es posible separar el hecho (supuestamente verificable y falsificable) y la trama (que no pertenece al registro de lo comprobable)? Contra una perspectiva tal, Ricoeur recuerda que,

[...] la trama es el conjunto de combinaciones mediante las cuales los acontecimientos se transforman en una historia o –correlativamente– una historia se extrae de acontecimientos. La trama es la mediadora entre el acontecimiento y la historia. Lo que significa que nada es un acontecimiento si no contribuye el avance de una historia.

Lo que es decir, por un lado, que el “hecho” mismo es constituido como tal por el relato y, por otro lado, que uno y otro están sometidos al principio que juzga las narraciones históricas según su doble característica: en cuanto a su coherencia narrativa y en cuanto a su “conformidad con los documentos”.

Finalmente, al restringir la definición de los “hechos” que puede enunciar el historiador sólo a las “proposiciones existenciales singulares”, Hayden White limita estrictamente el dominio donde la historia puede funcionar según la oposición entre verdadero y falso. No se ve entonces a partir de cuáles criterios puede operar una discriminación entre los diversos relatos históricos que construyen su intriga al utilizar únicamente “hechos” probados. Sin embargo, no todos son equivalentes: ni en cuanto a su modalidad discursiva, ni en su coherencia interna, y tampoco en cuanto a su capacidad para dar cuenta de la realidad referencial que tratan de representar —una realidad que no se limita a una serie de “hechos” cuya existencia la historia puede establecer sino que consiste en un pasado complejo y denso que tiene un sentido que no es aleatorio—.

Es por ello que me parece necesario recordar con Ricoeur que el objetivo de un conocimiento específico es constitutivo de la intencionalidad histórica misma. Haciendo referencia a la obra de White, escribe:

Una cierta arbitrariedad toponímica no nos debe hacer olvidar el tipo de construcción que el pasado ejerció sobre el discurso histórico mediante los documentos conocidos, al demandarle una rectificación sin fin.

La intencionalidad referencial de la historia fundamenta las operaciones técnicas de la disciplina: elecciones de fuentes, construcción de datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de resultados. Aun si escribe en forma “literaria”, el historiador no

hace “literatura”, y ello a partir del hecho de su doble dependencia. Dependencia en relación con el archivo, por tanto en relación con el pasado del cual éste es la huella. Como ha escrito Pierre Vidal-Naquet:

El historiador escribe y esta escritura no es ni neutra ni transparente. Se moldea bajo las formas literarias, ciertamente bajo las figuras de la retórica [...] ¿Quién lamentará que el historiador haya perdido su inocencia, que se deje tomar como objeto, que se tome a sí mismo como objeto? Pero si el discurso histórico no se vinculara a través de tantos intermediarios como se quiera, a lo que llamaremos, a falta de otra cosa, la realidad, estaríamos siempre en el discurso, pero este discurso dejaría de ser histórico.

Dependencia, a continuación, en relación con los criterios de cientificidad y las operaciones técnicas relativas al “oficio” del historiador según la palabra utilizada por Marc Bloch. Reconocer sus variaciones no implica, por tanto, concluir que estas restricciones y criterios no existen, y que las únicas exigencias que frenan la escritura histórica son aquellas mismas que gobiernan la escritura de ficción.

Este recuerdo me parece particularmente útil en un tiempo en que la voluntad de afirmación o de reconquista de las identidades perdidas o reprimidas corre el riesgo de borrar toda diferencia entre un saber histórico controlable, verificable, universal, y las reconstrucciones míticas que refuerzan las memorias y aspiraciones particulares. Como escribió Eric Hobsbawm,

[...] la proyección en el pasado de los deseos del tiempo presente o, en términos técnicos, el anacronismo es la manera más común y fácil para crear una historia propia a satisfacer las necesidades de grupos o “comunidades imaginarias”, según la expresión de Benedict Anderson, que no son todas exclusivamente nacionales.

Pero ¿es posible resistir a esta deriva, muy peligrosa para el estatuto científico de la historia, sólo reafirmando la dimensión crítica de la disciplina? ¿No es menester emprender una reflexión más fundamental puesto que el saber histórico ya no se puede pensar como una sencilla reproducción o equivalencia entre un objeto y un discurso, entre el pasado y su representación en la narración histórica?

Es la razón por la cual Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob han intentado recientemente en su libro *Telling the Truth about History* (1994) definir una nueva "teoría de la objetividad" entendida como una relación recíproca entre el sujeto investigador y el objeto exterior que analiza –lo que se podría describir a la manera de Foucault como la constitución recíproca del objeto de saber por el sujeto cognoscente y la del sujeto cognoscente por los saberes que lo objetivan–. La posición de las tres historiadoras estadounidenses es la de un "realismo práctico" en el que la objetividad es compatible con la pluralidad de las interpretaciones y en el que "existen criterios para discriminar entre las proposiciones válidas y las que no lo son, aunque estos criterios sean históricamente construidos y variables".

Por su parte, Paul Ricoeur ha reflexionado recientemente sobre las condiciones de posibilidad de un "realismo crítico" del conocimiento histórico. Radican en lo que llama el cruce o el quiasmo entre los dos modos referenciales de la ficción y la historia. Por un lado, hay que reconocer que la ficción no carece de referencia contra lo real que desordena y reordena. Por otro lado, se debe constatar que "la referencia propia de la historia no deja de tener una afinidad con la referencia 'productora' del relato de ficción". El entrecruzamiento entre la referencialidad de la ficción y la narratividad de la historia produce dos efectos. Permite la re-

configuración de la experiencia individual del tiempo puesto que "no hay comprensión de sí que no esté mediatizada por signos, símbolos o textos". Pero, al mismo tiempo, permite establecer una diferencia entre las dos clases de relatos en cuanto a la capacidad de dar cuenta de la realidad que es su referencia y que se radica en el "habiendosido" del acontecimiento o del proceso histórico. La posibilidad de un "realismo crítico" del conocimiento histórico remite, en primer lugar, a la pertenencia del historiador y de su objeto al mismo campo temporal:

[...] es un mismo sistema cronológico que incluye los tres acontecimientos, que son los comienzos del período considerado, su fin o su conclusión, y el presente del historiador (o más precisamente el presente del enunciado histórico).

En segundo lugar, las condiciones de posibilidad de un conocimiento de este tipo dependen de la pertenencia del historiador y de los actores históricos a un campo de prácticas y experiencias que es suficientemente compartido para fundamentar "la dependencia del quehacer del historiador en el quehacer de los agentes históricos". Ricoeur añade:

Es en primer lugar como herederos que los historiadores se sitúan en relación con el pasado, antes de ser los maestros artesanos de los relatos que hacen de este pasado. Esta noción de herencia supone que de una cierta manera el pasado se perpetúa en el presente y así lo afecta.

Puede parecer un poco paradójico que un historiador como yo, que suele subrayar las diferencias y los desfasajes, haga hincapié en la posición hermenéutica y fenomenológica de Paul Ricoeur, que postula, por el contrario, la existencia de invariantes antropológicos. Pero es justamente confrontando

estas dos perspectivas que quizás se pueda entender cómo es posible la comprensión del pasado o del otro más allá de las discontinuidades que separan las configuraciones históricas y producen la extrañeza.

Esta observación no es suficiente, empero, para conferir a la historia el estatuto de un saber verdadero. En un texto al que siempre hay que volver, Michel de Certeau formuló la tensión fundamental que caracteriza a la historia. Ésta es una práctica “científica” productora de conocimientos, pero una práctica cuyas modalidades dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, los constreñimientos que le imponen el lugar social y la institución del saber donde es ejercida, o incluso las reglas que necesariamente gobiernan su escritura. Lo que puede igualmente enunciarse así: la historia es un discurso en el que intervienen construcciones y figuras que son las de la escritura narrativa, por tanto también de la ficción. Pero, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados “científicos” si por ellos se entiende “la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas* que permitan ‘controlar’ *operaciones* proporcionadas a la *producción* de objetos determinados”. En esta cita cada palabra es importante: “*producción* de objetos determinados” remite a la construcción de su objeto por el historiador y rechaza la idea según la cual el pasado estaría ya constituido como objeto científico; “*operaciones*” indica que la investigación histórica supone técnicas y métodos que definen en su especificidad el oficio mismo del historiador; “*reglas*” inscribe la producción historiográfica en el orden de un conocimiento verificable, compartido, objetivo.

Lo que Michel de Certeau nos invita a pensar es lo propio de la comprensión histórica. ¿Bajo qué condiciones podemos tener por coherentes, plausibles, explicativas,

las relaciones instituidas entre la operación historiográfica que construye su objeto y valida sus procedimientos, y, por otro lado, la realidad referencial que ella pretende representar adecuadamente? La respuesta no es fácil en un tiempo en que las certidumbres de la objetividad crítica y la epistemología de la coincidencia entre lo real y su conocimiento no protegen ya a la historia de una inquietud en cuanto a su régimen de verdad. Ricoeur lo indica con agudeza:

Cuando deseamos señalar la diferencia entre ficción e historia, inevitablemente nos referimos a la idea de una cierta correspondencia entre nuestro relato y lo que realmente ocurrió. Al mismo tiempo somos bien conscientes de que esta reconstrucción es una construcción distinta del curso de los acontecimientos relatados. Es por esto que muchos autores rechazan correctamente el término “representación”, que parece estar contaminado por el mito de una reduplicación de la realidad, término por término, en la imagen que construimos. El problema de la correspondencia al pasado, sin embargo, no se elimina por este cambio de vocabulario. Si la historia es una construcción, los historiadores, por instinto, querrían que esta construcción fuese en efecto una reconstrucción.

Los historiadores lo quieren pero, al mismo tiempo, han perdido sus ilusiones. Saben desde ahora que deben empezar una nueva reflexión sobre la naturaleza de las relaciones que sus discursos mantienen con lo real, puesto que, como escribe de Certeau, “la historiografía (es decir, historia y escritura) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de la relación entre dos términos antinómicos: lo real y el discurso”. Deben ahora considerar esta relación problemática, paradójica, que liga historia y “grafía”, conocimiento y narración. □

Bibliografía

- Appleby, Joyce; Hunt, Lynn; Jacob, Margaret (1994), *Telling the Truth about History*, Nueva York y Londres, W.W., Norton and Company.
- Carrard, Philippe (1992), *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
- Certeau, Michel de (1975), *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard [traducción castellana: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993].
- (1987), *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, París, Gallimard [traducción castellana: *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 1995].
- Hartog, François (1994), "L'art du récit historique", en Jean Boutier y Dominique Julia (ed.), *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, París, Editions Autrement, pp. 184-193.
- Hobsbawm, Eric (1994), "L'historien entre la quête d'universalité et la quête d'identité", *Diogène*, No. 168, "L'responsabilité sociale de l'historien", pp. 52-86.
- Koselleck, Reinhart (1988), "Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historische historischanthropologische Skizze", en C. Meier y J. Rüsen (eds.), *Historische Methode*, München, pp. 13-61.
- Noiriel, Gérard (1996), *Sur la "crise" de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, Editions du Seuil.
- Ranciere, Jacques (1992), *Les mots de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, Editions du Seuil [traducción castellana: *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993].
- Ricoeur, Paul (1983-1985), *Temps et récit*, París, Editions du Seuil [traducción castellana: *Tiempo y narración*, Madrid, Cristiandad, 1987].
- (1994), "Histoire et rhétorique", *Diogène*, No. 168, "La responsabilité sociale de l'historien", pp. 9-26.
- (1995), "La realidad del pasado histórico", *Historia y Grafía*, No. 4, pp. 183-210.
- (1996), "Epílogo. Narratividad, fenomenología y hermenéutica", *Horizontes del relato. Lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*, edición al cuidado de Gabriel Aranzueque, *Cuaderno Gris*, No. 2, pp. 479-485.
- Vidal-Naquet, Pierre (1987), *Les Assassins de la mémoire. Un Eichmann de papier et autres études sur le révisionnisme*, París, La Découverte.
- White, Hayden (1973), *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press [traducción castellana: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992].
- (1978), *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
- (1987), *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Imagination*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press [traducción castellana: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992].
- (1990), "'Figuring the Nature of the Times Deceased': Literary Theory and Historical Writing", en R. Cohen (ed.), *The Future of Literary Theory*, pp. 19-43.
- (1995), "Respuestas a las cuatro preguntas del profesor Chartier", *Historia y Grafía*, No. 4, pp. 317-329.